

chosos herederos de la eternidad; así como á la ternura paternal nada le es tan dulce y delicioso como asegurar á quien le es tan amada la posesion de unos bienes que nunca perecen. Vos, Señor, lo habeis dicho. El hombre que huye del tumulto de las ciudades, y escondido en lo mas enmarañado de una tranquila soledad, estudia y medita para su propia utilidad los preceptos de vuestra santa ley, brillará como un astro del firmamento delante del trono de vuestra adorable magestad. Pero el que al cuidado glorioso de su instruccion y santificacion personal añade el de ilustrar y salvar á sus semejantes, hermanos, parientes é hijos, á manera de aquella estrella que vemos correr en el vasto azul de los cielos, deramará en la inmensidad de los siglos eternos todo el gran resplandor de su luz y de su gloria.”

CAPITULO VII.

REGLAS PARA LA CONDUCTA EXTERIOR DEL HOMBRE RELIGIOSO.

Al llegar á este pasage, exclamó así Filemon: Yo me someto, oh Dios mio, á esta tan cuerda y luminosa decision, como á un oráculo de vuestra voluntad suprema y adorable; y bendigo mil veces en mi corazon al hombre virtuoso que de todo se vale para afirmar mi fé, y que al trazarme el plan de educacion para mis hijos, me ilustra al mismo tiempo acerca de las bellezas y caractéres de excelencia que estaba yo bien distante de percibir en la religion. Tiene razon, me decia yo á mí mismo, para admirarse de que haya malvados é impíos sobre la tierra, desde que la luz del Evangelio ha venido á brillar en ella á la vista de los hombres. Quien mire la religion del modo que él la miraba, debe tener por imposible el crimen de desconocerla y profanarla.

Insinuéle que queria vivir solo en el centro de mi casa, y que separado del mundo, en medio del mundo mismo, pasaria el resto de mis dias dedicándolos únicamente á Dios y al cuidado de mis hijos.

“No apruebo, me respondió, las resoluciones demasiado severas. La de romper enteramente el trato con los demas hombres, no la dicta el espíritu de la verdadera y amable piedad, y acaso no serviria mas que de hacer despreciable á los ojos del mundo su carácter interesante. Tiene esta clase de rompimientos repentinos no sé qué de molesto y enfadoso, que la malignidad no pierde la ocasion de hacer notar para desacreditar la virtud y ridiculizar los rectos sentimientos de los hombres de bien. Los talentos frívolos y disipados que no tienen un verdadero conocimiento de la religion, no juzgan de ésta sino por las costumbres é indole de los que se dedican á ella. Suponen siempre que la conducta del Evangelio no puede ser otra que la práctica de su doctrina, y si llevamos á muy alto punto la austeridad de nuestras precauciones y desconfianzas, dirá el mundo que el cristianismo destruye todas nuestras cualidades sociales; que no es bueno sino para hacer hombres misántropos é inútiles á los demas; y los que sientan cualquier deseo de abrazar la virtud, vivirán alerta, por decirlo así, contra sus remordimientos y temores, por no hacerse tan sombríos é intratables como nosotros. Entre los verdaderos cristianos es donde deben hallarse los hombres mas amables y los ciudadanos mas perfectos. El gran timbre de la religion es el de que, siendo bien entendida y practicada segun su verdadero espíritu, da un humor dulce y atractivo, un corazon benéfico y afable, y unas inclinaciones amistosas y humanas á las personas mas intratables y salvages. Muchos santos hay que han debido el primer movimiento que motivó la obra de su conversion á la dicha de haber encontrado con

hombres justos, llenos de amenidad, de dulzura, de misericordia y de indulgencia para con todos los hombres; que no se movieron en un principio sino de la saludable emulacion que excita en nuestros corazones la vista de aquel que es mas amable y dichoso que nosotros; y que no empezaron á imitarlo sino por deseo de enriquecer su alma con tan bellas cualidades, y adquirir un carácter igual al suyo. Jesucristo no dijo á los que recibieron su nombre y su espíritu que viviesen apartados de todo y que no se dejasen ver de los demas hombres: por el contrario, quiso que la luz brillase en medio de los profanos, á fin de que el mundo admire el poder de su doctrina para hacernos buenos y útiles, y porque sintamos la necesidad de buscar en su mismo origen lo que hace los verdaderos sábios y dichosos de la tierra. Compara su Iglesia á un campo, en el cual deben crecer y perseverar juntos el trigo y la neguilla hasta el dia de la siega; y esta mezcla forma de tal suerte parte del plan de la divina sabiduría, que lo que mas nos hará admirar su profundidad en el dia de la revelacion de su gloria, será el ver cómo todo habrá servido para la formacion, aumento y consumacion del cuerpo eterno de los escogidos, y cómo los mas grandes males y los mas deplorables escándalos han contribuido al triunfo de la gracia de Jesucristo en sus santos.”

“Amemos á los hombres, Filemon; la religion no entibia el amor que debemos profesar á nuestros semejantes; pues ella es quien da un buen corazon á los mas pervertidos, y humaniza el natural mas duro y feroz: parece que se les desprecia siempre que se hace estudio de huirlos; y no es lícito darles una idea tan melancólica é injusta de los sentimientos y de los principios que la fé inspira á aquellos que la profesan. Lo que ella nos prohíbe, no es la vista, ni la sociedad de nuestros hermanos, que no han sido ilustrados de lo alto, y que aun yacen

bajo el yugo de las ilusiones y de los errores humanos; tan solo nos advierte que no nos conformemos con el espíritu de este siglo, y que cuidemos de no contagiarnos con los malos ejemplos. Las miras de Dios en la conversion de los pecadores, no se limitan precisamente á la libertad y salud personal de aquellos á quienes aparta del camino de la perdicion; tienen un objeto mas extenso, y mas digno de la inmensidad de su misericordia. Quiere que cada conquista de su gracia, sea como *una semilla de escogidos*, y que aquel á quien su poderosa voz ha hecho salir del fondo del sepulcro, sea colocado en medio de los que aun yacen en las tinieblas para ser el instrumento de su resurreccion. ¡Oh Filemon! un hombre es un ente tan grande, por la excelencia de su naturaleza, y sobre todo, por su aptitud para poseer y conocer al infinito, que aun debemos respetar y amar en los mas depravados la posibilidad misma de su conversion á la soberana verdad, y honrar en ellos aquel venerable germen de santificacion que reside en medio de su corrupcion, y al cual puede reanimar y desenvolver de repente el espíritu de Dios, para manifestar su gloria y la superioridad de su sabiduría sobre el orden de las verosimilitudes humanas.”

“Acuérdate de que la fé nada ha venido á alterar de nuestras relaciones y de nuestra correspondencia con los demas hombres: que la sociedad es obra de Dios, así como la creacion: que el Evangelio, que es uno de sus mas firmes vínculos, no puede ser contrario á su conservacion: que él ha venido á ilustrarnos y santificarnos en nuestro estado de conciudadanos: que por consecuencia, nuestra santidad, así como nuestra existencia, debe servir á la utilidad de nuestros semejantes, y ser una parte esencial de todas las cualidades que nos hacen perfectos para con nosotros mismos, y buenos para con los demas. ¿Qué seria del mundo si no hubiese en él mas que homi-

bres sin religion, sin ley, sin costumbres, y sin principio alguno estable de sociabilidad? ¿Sabeis por qué el vicio observa en él ciertas medidas, y no osa traspasar ciertos límites? Es porque la virtud le impone en todas las cosas la necesidad de observar decencia, y porque el contraste de los hombres de bien, opone por todas partes una resistencia sorda é invisible á la intemperancia de todas las pasiones. Aunque el espíritu de libertinage y de impiedad hace alarde de ostentar una loca independencia, es, no obstante, muy cierto que en la clase de los siervos fieles de Dios hay una fuerza secreta que modera la osadía, contrabalanza los escándalos, y resiste incesantemente á los esfuerzos que hacen por corromperlo y trastornarlo todo sobre la tierra. Si se destruyese esta cohabitacion de los hijos de Dios con los hijos de los hombres, y éstos se viesesen libres del freno de las atenciones, de las condescendencias y de ciertas decentes exterioridades, no se hallaria un solo principio de seguridad y de consistencia social; se perderia el último recurso que resta en medio de la decadencia de las virtudes sociales, esto es, el freno de las costumbres públicas.”

“Tú mismo puedes hacerte muy palpable esta reflexión, con el solo recuerdo de tus antiguas costumbres. ¿No es verdad que cuando vivias solo con Oronte, formábais una compañía seguramente bien depravada? ¿que vuestras máximas eran abominables, vuestros discursos escandalosos; y que vuestras acciones, vuestros proyectos, vuestros paseos, vuestros locas extravagancias, y toda vuestra correspondencia libertina, estaban marcadas con el horrible sello del abandono y de la corrupcion? ¿que estábais prontos á sacrificar el mundo entero á vuestra desenfrenada pasion de gozar? ¿que cualquiera de los dos habria inmolado al otro á su felicidad personal? ¿que habríais trastornado todo un imperio, si vuestro poder hubiese igualado á vuestra perversidad, y si un trastorno

semejante hubiera podido servir á la satisfaccion de un solo deseo vuestro? Pero únese á vosotros un tercero, un hombre tal como me has pintado á Teófilo: he aquí ya una sociedad que ofrece un aspecto enteramente distinto; he aquí tres hombres decentes, honestos, benéficos y modestos; he aquí un lenguaje, una conducta y unos principios del todo nuevos: la apariencia es tan uniforme, que no se distingue el que la ha ocasionado y posee la verdad de la sabiduría de los que solo imitan el acento y los modales. Te es bien fácil, Filemon, aplicar este ejemplo á todo el cuerpo de la sociedad, y formarte una idea de las ventajas y los recursos de que es deudora á la dicha de tener en su seno fieles discípulos de la religion.”

“No hay decir, Filemon, que todo el fruto de esta suerte de apostolado mudo é imperceptible, que ejercen en medio del mundo los hombres de bien que viven mezclados con los perversos, se reduce á formar algunos hipócritas y embusteros, y que las falsas apariencias jamas podrán producir un verdadero bien.”

“Porque, en primer lugar, nada honra tanto á la religion, como la necesidad en que se ven los violadores de sus preceptos de contradecirse á sí mismos, por contrahacer su carácter, ó de ocultarse á la vista de los demas hombres, para atropellar impunemente las virtudes y las obligaciones que ella nos prescribe. Los ciudadanos religiosos son los que desacreditan é infaman la audacia de ser impío; y nada atrae mas eficazmente los corazones perversos al camino del Evangelio, como el verse precisados á aparentar respeto por las leyes, si quieren parecer buenos y apreciables.”

“En segundo lugar, la hipocresia es un mal personal de aquel que profana la verdad dentro de su corazon; pero es un bien público por cuanto imita los sentimientos y las acciones útiles á la sociedad; en cuanto hace,

por lo menos, horrorosos y abominables los vicios, y no perturban éstos la circulación de los servicios y de las obras que mantienen la unidad y armonía social; en cuanto obliga á los mas depravados á llevar al comun depósito su contribucion de justicia y de prudencia para el mantenimiento del orden y de la seguridad universal; y en fin, en cuanto contiene al malvado en medio de sus turbulentas excursiones, y en el momento en que empieza el estrépito y la publicidad de su degeneracion y de su infamia.”

“En tercer lugar, es muy raro que el estragamiento de un espíritu que ha abandonado la religion, sea tan extremado que todo sea falsedad en las acciones y en el lenguaje de aquel á quien la presencia de un hombre virtuoso contiene en los límites de la moderacion y de la decencia. Por lo comun, llega á percibir una impresion real é íntima de virtud, de religion y de sabiduría; no se siente desmentido por su razon y por su conciencia en los esfuerzos que hace para hablar y obrar como hombre justo, ni halla en sí otra cosa contraria á lo que aparenta, que el grosero desmentimiento de sus sentidos y de sus hábitos brutales. Por el contrario, siente en el fondo de su alma un no se qué de sano y razonable, que le advierte que hay en su corazon alguna semilla de virtud. Tú has hecho, Filemon, la prueba de este estado en la compañía del virtuoso Teófilo, cuando aun vivias, segun el espíritu de esta filosofía que cree apartarnos de Dios y de nuestra conciencia; y te acordarás muy bien de que habia algo mas que ficcion en el modo y en el tono prudente que su presencia te obligaba á tomar. Bien te acordarás de lo que pasó en aquel templo en que la casualidad os hizo entrar una vez: acaso yacerias el día de hoy en las tinieblas, si no hubieras visto hombres justos en los días de tus errores, y no hubieses tenido amigos en la clase de los amigos de Dios.”

“No corrias tú mas riesgo en conservar las relaciones que te prescriben, como indispensables, tu clase y tu estado, que Teófilo en tratarte en un tiempo en que tan poco te parecias á él. Si el espíritu y las costumbres del mundo se redujesen, como en otro tiempo, á derramar sobre la austeridad de las obligaciones evangélicas las dulzuras de la sensualidad y de la indolencia, y á querer conciliar el cristianismo con nuestros defectos y flaquezas; nuestro comercio con él presentaria un obstáculo mas temible á nuestra perseverancia en la alianza de Jesucristo: entonces sí que seria necesario huir y buscar en las montañas y en las cavernas de la tierra un asilo contra la seduccion de un artificio tan pernicioso. Pero el mundo, á fuerza de depravarse, ha dejado de ser peligroso, y hay una gran distancia de las costumbres de un verdadero cristiano á las de un insensato del presente siglo, para que la vista del desarreglo que nos rodea, pueda hacer vacilar nuestra adhesion al Evangelio. Por el contrario, este espectáculo no sirve mas que de afirmar nuestra fé, y de apretar mas los nudos que nos unen con Jesucristo; y no hay hombre sensato, que al salir de las ocurrencias donde se ven y oyen las locuras de los hijos de la tierra, no diga para sí como Salomon: *¡Oh sabiduría! al entrar en mi morada, voy al fin á reposar en tu seno amable. Tú sola eres la que nos das los verdaderos placeres, y cuyo comercio está exento de todo disgusto y amargura.* Jamas fueron los hijos de Israel mas celosos ni mas religiosos observadores de la ley santa, que en medio de los escándalos y abominaciones de Babilonia. Desde este pais extranjero tuvieron sus llorosos ojos fijos siempre en los muros de Jerusalem, y recogíendose dentro de sí mismos, á vista de la impiedad que ofrecia sus incienso á los dioses de oro y plata, exclamaban con un tierno ardor: *Solo vos, oh Señor, debéis ser adorado.* Por el contrario, su comunicacion con los

escribas y fariseos en medio de Jerusalem, era para ellos un escollo mil veces mas temible y peligroso que todos los excesos de la idolatría. Esto consiste en que nosotros tenemos mas horror á renunciar desafortadamente á la virtud, que fortaleza contra la tentacion de alterar las reglas, y acomodarlas á nuestros gustos y á nuestra indolencia. Cuando en los tiempos de la Iglesia naciente no veian los fieles al rededor de sí mas que judíos endurecidos y ciegos que blasfemaban del nombre de Jesucristo, ó paganos que desconocian al solo Dios verdadero, y se abandonaban á todos los excesos de la mas vergonzosa y brutal corrupcion, no tenian los apóstoles necesidad de precaver á sus discípulos contra el efecto de semejantes ejemplos, ni jamas fueron conocidas y practicadas las virtudes del cristianismo en un grado tan admirable y tan heróico. Los hijos de Dios se juntaban sin temor y sin desconfianza con unos hombres cuyos desórdenes no podian serles contagiosos. San Pablo dirige sus cartas instructivas y consolatorias, no solo á los cristianos que viven juntos en familias, y que se dedican únicamente á la práctica de las santas virtudes y de su vocacion, sino tambien á los domésticos del César, que tienen á su cargo el manejo de los negocios públicos, junto con los infieles.”

“No es, pues, la necesidad de huir de los impíos, y evitar la vista del trastorno de las pasiones, la que produjo en el cristianismo la idea de alejarse del mundo y retirarse á habitar en los desiertos; la decadencia de las costumbres evangélicas en el mismo seno de la Iglesia de Jesucristo, fué la que escandalizó y movió á tomar semejante determinacion á los primeros anacoretas. Cuando despues de publicada la religion, se empezó á ver desfigurado el Evangelio con formas profanas, y el espíritu del mundo hizo sus esfuerzos para oscurecer con interpretaciones y paliativos la severidad de su doctrina; en-

tonces fué cuando el fervor de los santos se asustó del peligro que le amenazaba, y los fieles siervos de Dios trataron de separarse de sus hermanos, desprenderse de sus posesiones, y sepultarse en el seno de los bosques, para conservar, con toda su pureza, el eterno é incorruptible depósito de la doctrina y de los preceptos de Jesucristo. He aquí el origen de los establecimientos monásticos. Así que, no fué el temor de imitar á los perversos, ó de ser seducidos por el espectáculo de la extrema corrupcion, la que pobló de improviso los páramos ocultos, y condujo á los hombres á las horribles cavernas de las fieras; sino el riesgo de prevaricar bajo el signo mismo de la cruz, y en medio de los abusos y relajaciones de un cristianismo que habia llegado á tocar en el ápice de la imperfeccion y miseria humana. Solo las falsas virtudes de los que viven entre nosotros, son las que nos exponen al peligro de estragarnos y de perdernos. La evidencia y el exceso de los vicios, son por el contrario, causa de que la virtud se fortifique dentro de sí misma y tome nuevo aliento.”

“Nosotros, Filemon, no vivimos en unos tiempos en que la corrupcion del corazon se consuela con sus males, conservando sus costumbres cristianas, y esforzándose en conservar la unidad de sus principios y conducta con todo el cuerpo de los discípulos del Evangelio. En tal caso, todo es peligro y tentacion en el mundo. Mas en el dia se consuelan los impíos con la infamia de haber renunciado á la virtud, y viven satisfechos de la osadía que tienen para oponerse á todas las obligaciones, y destruir todas las verdades. En el dia, la disolucion de las costumbres sigue al mismo tiempo el sistema de la incredulidad y de la irreligion: es decir, que al presente, el mundo es demasiado escandaloso para ser seductivo; que los hombres de bien que viven en él, no pueden hallar en su comercio sino motivos de aprecio, de amor á

la práctica del Evangelio; que á cada páso se ven precisados á repetir en su interior: *¡Oh Señor! solo vos debéis ser adorado*; que hallan á cada instante nuevas delicias en recogerse á sus sosegados asilos, y en hablar con los amigos de Dios de la belleza y de la dulzura de su ley santa; muy semejantes á aquellos viajeros, que habiendo caminado por países de entes extraños y deformes, se regocijan al fin cuando llegan á ver semblantes humanos y amables. *Los insensatos, ¡oh Dios mio! exclamaba el mas santo de los reyes, me han contado sus fábulas; ¡mas qué diferentes son éstas de vuestra adorable ley!*"

"No es esto decir, que debas mezclarte entre el tumulto y torbellino de las compañías mundanas; sino solo que evites toda afectación de alejar de tí aquellos que te conocen; que no rompas groseramente con las compañías á que has acostumbrado asistir; que te prestes con bondad y dulzura á todo cuanto la buena armonía en la sociedad te prescriba y sea compatible con tus deberes, mirándolo todo con indulgencia, y tolerándolo por lo mucho que Dios tolera; esto es, que no seas el primero en cesar en la comunicacion con tus antiguos conocimientos, y sepas, como Jesucristo, ese adorable modelo de condescendencia, recibir á los pecadores y comer con ellos. Los que continúen amándote, no te servirán jamas de obstáculo á tu perseverancia en la práctica de la vida evangélica; y aquellos á quienes disguste tu compañía, se retirarán por sí mismos y te liberrarán de la incomodidad de verlos y oírlos, sin que puedan jamas tacharte de haber faltado á la buena correspondencia."

"Ademas de que, Filemon, tú eres de una clase en la cual la religiosa delicadeza de los hombres de bien, es siempre bien atendida y respetada; y en la que tu piedad no tiene que temer el amargo disgusto de verse maltratar y blasfemar de lo que adora. Las personas de tu clase, sean los que fuesen sus principios y sus costumbres,

son siempre reservadas, circunspectas y decentes; y el hábito que tienen de mantener en todo cierto aire de urbanidad atenta y amable, hace que sean condescendientes y acomodadas á todas las circunstancias, é incapaces por tanto, de desagradar. Las mofas y disputas impías, están desterradas de toda sociedad respetable, y en ella no se tolera á los detractores de la religion, porque el respeto del culto nacional, forma una parte de la probidad, y aun los menos delicados en este punto, viven al fin persuadidos de que el descrédito de la creencia pública no puede menos de ser siempre perjudicial al bien comun, ni proceder de otro origen que de la corrupcion de un mal ciudadano. Tú mismo sabes que en el tiempo que seguiste el espíritu del mundo, ni tu presencia ni tus discursos ofendieron jamas á las personas piadosas que se hallaban en las mismas concurrencias que tú. Por tanto, debes tener la misma reserva y los mismos miramientos para con los de tu misma clase y estado, que te tratan y han recibido la misma educacion y los mismos principios de circunspeccion y honestidad. Los verdaderos grandes, es decir, los que han nacido tales, tienen de ordinario un talento tan natural para conciliar el deber de ser buenos para con todos los hombres, con la desdicha de ser injustos é ingratos para con Dios, que no puede menos de sentirse que unas cualidades tan dignas de adornar la religion, no sean mas que una especie de etiqueta de estado, y un procedimiento de costumbre."

"¿Por qué no has de participar con tus conciudadanos, tus prójimos y tus amigos de todo cuanto sus recreaciones tienen de inocente y moderado? ¡Ah! Filemon, alégrate, sí, alégrate en el Señor. La virtud nada tiene de triste; no es sombría, impertinente, ridícula, ni desconfiada: por el contrario, es franca, dulce, paciente, condescendiente y pacífica; todo lo sufre, todo lo perdona, y de todo se alimenta y fortifica. Es cierto que un

humilde penitente de Jesucristo debe llorar hasta el sepulcro la desgracia de haber dejado reinar la iniquidad en su corazón; mas este dolor es por sí mismo un sentimiento tan tierno, y con el cual se halla tan bien el corazón, que es mas bien una efusión de reconocimiento de amor, que una verdadera pena, y se confunde con la alegría de la virtud: no es mas que un arrepentimiento filial de haber conocido demasiado tarde á un Padre que nos engrandece tanto y nos hace tan felices. En efecto, nuestro arrepentimiento es la perfección de nuestra alegría, y como el recuerdo de una grande escasez y miseria forma el hechizo y las delicias de una libre y gustosa posesion. Los que han pasado por los tormentos del amor profano, son capaces, mas que ningun otro, de sentir vivamente esta verdad.”

“He aquí en suma, Filemon, una idea de los principios que pueden servirte de norma en la conducta que debes observar con tus semejantes. Espero que la misma sabiduría, que me inspira lo que escribo por tu verdadera felicidad, me proporcione ocasion de hablarte de lo que la religion te prescribe en orden á tus inferiores. Jamas siento un placer mas verdadero, que cuando mis diarias ocupaciones me dejan libres algunos instantes que dedicar á la edificacion de un hombre que debe serme tan apreciable, y que tiene unos derechos tan santos á todas las solicitudes de mi celo y ternura.”

No tardaré mucho, responde aquí Filemon, en ver cumplida semejante promesa. He recibido la siguiente instruccion.”

CAPITULO VIII.

CONTINUACION DEL PRECEDENTE.

Los deberes del hombre religioso para con sus semejantes.

Empezaré, Filemon, por los criados, pues tienen contigo relaciones domésticas y diarias. A éstos, se seguirán los pobres, á quienes encontramos por todas partes, y concluiré con algunas reflexiones sobre la mansion que te prometes hacer durante una gran parte del año en el tranquilo retiro de los campos, y en medio de tus obreros y vasallos.

“Si alguno, dice San Pablo, no cuida de aquellos que le pertenecen, y sobre todo, de los que habitan en su casa, éste ha renegado de la fé en su corazón, y es peor que un infiel. Esta advertencia es terrible, Filemon, mas á ninguno asusta; porque los amos irreligiosos, que han renunciado por sí mismos á las promesas de la religion, están bien lejos de sospechar que ella les prescriba obligaciones para con los demas, y que Dios castigará en ellos la condenacion de los que les sirven. El hombre justo, que solo tiene necesidad de su corazón para velar sobre la salud de cuantos le rodean y están adictos á él, ha cumplido en este punto con todos los preceptos de la fé, antes de saber que ésta amenaza con tan terrible anatema al que descuida de ellos.”

“No es mi designio hacerte una menuda relacion de todo lo que debes á tus domésticos. Dios, que te ha hablado tan clara y eficazmente sobre todo el resto de su ley santa, sin duda no habrá dejado de darte sobre este artículo, tan fundamental de las obligaciones evangélicas, mayores luces que las que puedes sacar de las lecciones de todos los directores de la tierra. Al ilustrarte sobre